

...

Poll vive en la escuela

Os voy a contar un suceso que ocurrió en nuestra escuela hace ya varios años, cuando yo era tutor de sexto curso. Es la historia de un pequeño piojo. Se llamaba Poll, que como todos sabéis, en catalán, quiere decir piojo.

El día que todo empezó Poll iba en la cabeza de una persona que pasaba delante de la escuela. Nunca supimos si era un señor, una señora, una madre, un padre... lo que sí sabemos es que Poll no iba en la cabeza de un niño o de una niña, ya que en aquel momento los niños y niñas se encontraban en la escuela.

Poll, que era un insecto joven, lleno de energía y bastante impulsivo, iba en ese momento haciendo piruetas y cabriolas de cabello en cabello sin hacer caso de los consejos de su madre:

- Poll, que te vas a caer, que te vas a hacer daño!!

En el momento en que Poll hacía un triple salto mortal de trapealista consumado entre dos cabellos del flequillo, se dieron un par de casualidades que cambiarían su vida para siempre. La primera fue que aquella persona pasaba por la acera, justo delante de nuestra escuela. ¿Sabéis por dónde? Al lado de la verja verde de la fachada principal, donde hay un trozo de jardín plantado de césped. Allí había entonces varios árboles, entre ellos una palmera, sin duda el árbol más bonito del patio. La segunda casualidad hizo que en aquel preciso momento soplase una ráfaga de viento, fuerte y repentina, de esos vientos rebeldes que parecen querer llevarse las malas ideas... y las buenas... y hasta las gorras de los paseantes.

La racha de viento sorprendió a Poll en mitad del último giro de su arriesgado salto. No pudo asirse al cabello previsto sino que continuó dando vueltas de campana.

— ¡Guau! —pensó, o algo parecido a guau que piensen estos insectos cuando se sorprenden o se emocionan— ¡Guau! Éste va a ser el récord Guinness de los saltos mortales de piojos.

Pero su emoción pasó en un instante a ser incertidumbre, preocupación, angustia y finalmente desesperación. Cruzó a velocidad vertiginosa la frente de

aquella persona. Vio cómo se le escapaban los últimos cabellos del flequillo y se alejó volteando por el aire libre.

Con un gran esfuerzo de sus patas y cintura consiguió estabilizarse y empezó a volar en línea recta. Sin duda hubiera disfrutado mucho este vuelo libre de no haberse encontrado en circunstancias tan delicadas. Arrastrado por el viento se coló por la rendija que hay entre el muro y la reja. Esquivó por pura suerte la alambrada de la valla e invadió el espacio aéreo de la escuela. El viento perdió parte de su fuerza inicial, por lo que pudo aterrizar sin demasiadas dificultades en una hoja de los helechos que crecían en el tronco de la palmera.

Suspiró aliviado. Había sobrevivido, que no era poco. Tardó un buen rato en serenarse y calmar los temblores de sus patas. Cuando lo consiguió vio que el peligro no había acabado. Ni mucho menos. Se había salvado de un accidentado vuelo, había esquivado una violenta colisión con una barra metálica de un grosor extraordinario. Porque teniendo en cuenta el tamaño del piojito, el alambre podría ser tan grueso como para nosotros una furgoneta. Y el vuelo de los seis metros sería como de veinte kilómetros para una persona. Supongo que Poll debió quedar al menos un poco aturdido. Cuando se fue recuperando se dio cuenta que aún estaba en peligro. En serio peligro de perecer. Aunque Poll nos caiga simpático no podemos olvidar que los piojos son parásitos. Es decir, para vivir necesitan el calor y la protección de una cabeza con pelo. Si Poll no conseguía refugio enseguida las posibilidades de contarle eran mínimas.

Mientras tanto los niños de mi clase jugaban en la pista de baloncesto. No voy a citar los nombres de los jugadores de cada equipo, ni cómo iban vestidos, ni informaré del resultado del partido. Me limitaré a decir que, al final de una jugada, la pelota salió de la cancha y rodó por el césped. Hubiera llegado hasta la fuente de no haber sido por encontrarse en su trayectoria con el tronco de la palmera. Allí se detuvo. Yo tenía turno de vigilancia de patios aquel día y desde lejos vi como un niño, que creo recordar que se llamaba Joan pasaba entre los tubos de la baranda que protege el césped y se acercaba a recoger el balón. Al agacharse rozó levemente con su cabeza las hojas de helecho del tronco de la palmera. Allí estaba Poll. La sacudida hizo que el piojillo, que estaba a punto de perder el conocimiento a causa del frío, cayese de la ramita donde se aguantaba. Con las pocas fuerzas que aún le quedaban se asió a un cabello y,

como si fuera un bombero, se deslizó por él buscando el cálido refugio del cuero cabelludo.

Joan continuó jugando sin percatarse de lo sucedido. Al sonar el timbre por la megafonía del colegio, se dirigió a clase con todos sus compañeros. Nada le hizo sospechar en todo el día que un inquilino —vamos a llamarlo así— se había instalado de okupa en el ático de su cuerpo.

Al llegar a casa por la tarde quiso hacer los deberes. Primero miró la agenda, preparó todo el material y se dispuso a no moverse de la silla hasta haber acabado los trabajos. Hay que decir que pocas veces conseguía este objetivo: se levantaba con el pretexto de beber agua, de ir al lavabo, de que tenía hambre... Algunas veces incluso su mamá lo reñía. No era un estudiante brillante, ni constante, de manera que iba sacando los cursos un poco a trancas y barrancas. Pero aquel día había un partido de baloncesto interesante en la tele y tenía intención de verlo entero. Así que llegó a casa con el propósito de acabar todo el trabajo de una sentada. De hecho no había demasiado. Así, mamá estaría contenta. Manos a la obra. Primero corrigió un dictado, a continuación resolvió uno de los dos problemas de mates (el otro no había por donde agarrarlo) y finalmente se propuso acabar un dibujo de la Torre de Nadal para la clase de Plástica. Le gustaba dibujar. En general estaba más relajado cuando pintaba que con cualquier otro trabajo escolar.

Estaba rematando con color verde uno de los arbustos decorativos del pie de la torre cuando se llevó instintivamente la mano a la cabeza y se rascó. Sólo entonces fue consciente del picor que venía sintiendo desde hacía rato. Entonces una vocecilla se quejó:

— Ten más cuidado, hombre, que me vas a hacer daño.

Joan, se quedó parado del susto.

— ¿De dónde ha salido ese grito? —murmuró Joan con voz trémula.

— Es que si no tienes cuidado me puedes matar —argumentó la voz.

— ¿Quién eres, qué quieres y dónde estás? —ametralló Joan, algo repuesto del sobresalto.

— Aquí, en la esquina azul de tu lámina — Poll respondió sólo a la última de las cuestiones.

Joan vio un puntito gris que se movía. Era poco mayor que la punta de un alfiler. Sacó sin pensarlo dos veces la lupa que guardaba en el segundo cajón

de su escritorio y observó con más atención. Entonces pudo ver al insecto, que le saludaba con la mitad de sus patitas.

— Me llamo Poll, y soy un piojo.

— Y yo Joan, y soy un hombre —dijo Joan refiriéndose más a su especie que a su edad—. Bueno, un niño —rectificó en un arranque de exactitud.

Para abreviar, Poll detalló su aventura a Joan y al cabo de unos minutos resultaron ser tan amigos como si se conociesen de toda la vida.

— Te permito que vivas en mi cabeza, pero no piques más de lo necesario — concedió Joan a su recién estrenado amigo.

Así pasaron varios días sin ningún hecho digno de consideración. Hasta que una mañana durante la clase de Mates de sexto A, la profesora observó que uno de los alumnos se rascaba la cabeza. Y actuó como actúan las señoritas de mates cuando un alumno se rasca la cabeza sin estar ante la pizarra, o con la tiza en la mano y sin ni idea de cómo comenzar a resolver ese condenado problema de almacenes, camiones y paquetes. Al acabar la clase, la señorita se llevó al alumno que se rascaba al botiquín y, poniéndose unos guantes de látex, se dispuso a examinarle la cabellera. Inspeccionó a conciencia detrás de las orejas y en el cogote.

— Vaya, vaya —exclamó con ironía al ver confirmadas sus sospechas— ¡Vacaciones!

— ¿Qué, señorita?

— Ay, nen, me temo que tienes la cabeza llena de ocupas. Anda, ve a buscar la cartera y espérate en el banco de Dirección.

La profesora de Matemáticas me informó enseguida del problema de mi clase. Ya sabéis qué se hace en estos casos. Primero llamar a casa del niño para que vengan a buscarlo y después repartir a todos los niños y niñas de la clase una nota para que las mamás os revisen a todos las cabezas y apliquen las medidas pertinentes... champús, colonias de farmacia...

Antes de la hora de la comida tuve las copias hechas y distribuidas. De esta manera los niños y niñas que no se quedaban al comedor escolar podrían tomar precauciones bastante pronto.

Yo no me podía figurar el mal rato que Joan estaba pasando. De hecho, todo el día fue horrible para él. Pero vayamos por partes. Tan pronto como tuvo en sus

manos el comunicado, le sobrevino un gran temor: cuando su madre leyese la carta correría, pies para qué os quiero, a comprar un arsenal de champús y colonias antiparásitos; y lo haría pitando, no le fuesen a cerrar la farmacia. Entonces, pensaba Joan, Poll estaría perdido. Había que hacer algo, y rápido. Bueno, disponía, eso sí, de las horas de comedor. Joan comía en la escuela... eso le daba un margen de cinco horas para discurrir una estratagema que pusiese a salvo la vida de Poll.

Por el momento no se le ocurría nada. Tampoco discurrió solución alguna durante la hora de comer ni en el recreo posterior. Llegó la hora de entrar en clase...y... nada.

Si no recuerdo mal, aquel día era jueves y Joan tenía Taller de Informática. Así que cogió su mochila y se unió al grupo que esperaba ante la puerta del aula de ordenadores. Los nervios le impidieron concentrarse en su tarea. Imposible apartar de su mente el peligro que Poll correría si antes no conseguía buscar un lugar seguro donde instalarlo para que pudiera rehacer su vida. Descartaba las cabezas de cualquiera de sus amigos, seguro que sus madres les inspeccionarían y lavarían a todos la cabeza esa misma tarde. ¡Claro! Podría esconder la carta, o tirarla, pero mamá se acabaría enterando. Joan no temía un castigo si servía para algo, pero quedarse una semana sin dibujos o sin bici por nada...le parecía un derroche innecesario.

La tarde, que otras veces se le hacía eterna, pasó en un periquete. Un sudor frío inundó su frente y un calambre recorrió su columna vertebral cuando oyó a la señorita decir:

— Vamos, id acabando, que son menos cuarto y tenemos que empezar a recoger.

Joan continuaba sin encontrar una solución.

— Y encima este condenado ratón ahora va y se atasca —gruñó entre dientes— seguro que tiene los rodillos llenos de pelusa. Profa, por favor, que el ratón se atasca.

— Ah, pues ya sabes — se ve que a la señorita no le gustó nada nada lo de profa— te lo abro, te doy una toallita y con un poco de paciencia en dos minutos irá de maravilla. ¿Verdad que podrás hacerlo mientras bajo la fila? Yo vuelvo enseguida y, si no has acabado, te ayudo. Y de paso, limpias también la bola.

El primer pensamiento de Joan fue de fastidio. Sólo le faltaba eso para rematar la tarde, con la de cosas que tenía que hacer. Se puso a limpiar los rodillos interiores del ratón con la toallita de bebé. Cuando acabó se distrajo mirando las entrañas del aparato que tenía despanzurrado en la palma de su mano izquierda.

De repente, como el flash de una cámara fotográfica, vio ante sí la solución del problema. Rápidamente acercó su índice detrás de la oreja derecha. A ver si había suerte y Poll estaba por esa zona. Un momento antes había notado movimiento por allí. Sííí. Poll se montó en la yema de su dedo y en un segundo escaso Joan lo tuvo ante sus ojos.

— Poll, no tenemos tiempo, métete en el ratón. Si pasas por el cable podrás esconderte en el disco duro. No te dejes ver, y menos los lunes a las doce que es cuando Nicolás pasa el antivirus a toda la red.

— ¿Vendrás a verme? —dijo Poll un poco apenado, a pesar de comprender que era la mejor solución.

— Pues claro. Mira, mañana tenemos que pasar un trabajo sobre el otoño. Me las arreglaré para dejarme caer por aquí. Ya sabes, ten cuidado. El Panda se te podría comer si te confunde con un virus.

— Descuida. Hasta mañana —dijo y, haciendo un mortal con tirabuzón, se escabulló dentro del ratón justo a tiempo de evitar que la maestra, cuyos pasos ya se oían por la escalera, descubriera a Joan hablando solo.

Desde entonces Poll vive en un ordenador del Aula de Informática. La última vez que fue visto estaba, creo, en el Argo—7. Pero como los ordenadores están conectados en red, ha aprendido a saltar a través de los cables y el router. Según tengo entendido se entrena cada día. Así que, entre saltos, equilibrios, acrobacias, piruetas y cabriolas, bien pronto estará listo para surfear por la web a toda velocidad. Cualquier día igual se anima a visitaros en el ordenador de vuestra propia casa, ahora que ya lo conocéis. Cuidado, no lo confundáis con un virus!

Jesús del Dedo